

ciudad, en la sabiduría de sus grandes escuelas de legislación y de filosofía, cuya última palabra era la unidad de la razón, del derecho, de la humanidad y del principio inmaterial del universo; entonces se reconocerá que el imperio de los Antoninos era un cuerpo robusto cuya vida intelectual tenía también grandeza.

Verdad es que los romanos conservaban tres grandes iniquidades: la esclavitud, la abominable dureza de las leyes penales y la ultrajante distinción que separaba al *humilior* del *honestior*. Además, el desacuerdo entre las doctrinas de los sabios y la vida de la multitud era grande en aquella sociedad, ávida de placeres, que como tantas otras, daba más á los vicios que á las creencias. Pero la esclavitud con su consecuencia natural, la atrocidad de las penas, era una institución del derecho de gentes, que el cristianismo no suprimió, porque sólo el tiempo y con él los progresos del pensamiento humano podían acabar con ella: la contradicción entre las costumbres y el ideal enseñado es por otra parte achaque de todas las épocas.

Si el imperio no hubiera guardado otras causas de ruina, no habría sucumbido á estos males; mas por desgracia, en aquella sociedad aristocrática, no había aristocracia capaz de defender y reprimir á su jefe omnipotente, ni este jefe comprendía que en vez de considerar el imperio como un dominio hereditario, debía á ejemplo de Nerva, de Trajano, de Adriano y de Antonino, legarlo al más digno. Los derechos de la sangre triunfaron de los del Estado. Marco Aurelio eligió un sucesor, que por su edad y por sus vicios, era inhábil para ejercer el poder absoluto, y todavía dará Septimio Severo este poder sin límites á un hijo parricida, á lo menos de intención; de modo que volverán á empezar las orgías del poder. Bajo la presión administrativa, la vida cesará de circular libremente en el cuerpo social que se aniquilará, mientras el ejército más y más extraño cada día á la población civil, turbará el Estado con frecuentes revoluciones y arruinará sus rentas, perdiendo él mismo en el universal desorden su disciplina y su fuerza. En fin, la crisis religiosa se aproxima.

Parece que cristianos y paganos hubieran podido entenderse, puesto que en ciertos respectos el cristianismo era la fórmula religiosa de las filosofías paganas. Pero «de uno á otro extremo del mundo social, se encontraban las verdades sin reconocerse,» y la pasión popular hacía inútil la buena voluntad de los obispos y de los príncipes. Si la turba de las grandes ciudades pedía á voz en grito cristianos para las fieras, si los ingenios sutiles los perseguían con sarcasmos insultantes y caricaturas que debían parecerles una abominación, en las filas del nuevo pueblo había también hombres violentos, que en vez de procurar, como Justino y Clemente de Alejandría, unir los secuaces de Platón con los discípulos de Cristo, abrían entre ellos un abismo. Hermias ensayaba el estro de Luciano para entregar á la irrisión, en una especie de libelo piadoso, á los filósofos haciendo resaltar las contradicciones de la antigua metafísica. «Todo en vosotros, les dice, es oscuridad engañosa, perpetua ilusión, abismo de ignorancia. Filósofos, ved cómo el objeto de vuestra ardiente investigación se desvanece á vuestros ojos para siempre. ¡Cuán inexplicable y vano es el fin que os proponéis!»

No son solamente las creencias, es también el espíritu de la sociedad pagana lo que la Iglesia se propone cambiar. La libertad filosófica de la Grecia había creado la

mitad acaso de los de Tiberio, Claudio, Domiciano y los comienzos de Nerón, se hallará que en 210 años tuvo el imperio 160 no ya sólo de buen gobierno, sino también de buenos príncipes.

ciencia; el idealismo místico que, para siglos, va á tomar posesión de las inteligencias superiores, sólo querrá especulaciones teológicas. A la cabeza de su libro había puesto Hermias las palabras de San Pablo: «La sabiduría de este mundo es locura ante Dios (1),» y Tertuliano las repite con cólera; y maldice aquella civilización que los sabios hubieran querido salvar penetrándola dulcemente del nuevo espíritu; rechaza con horror los compromisos y ni aun quiere que el cristiano sea magistrado ni soldado, ni menos que celebre la victoria ó la fiesta del emperador.

El á lo menos se contenta con este abandono de los deberes cívicos; pero hay otros que gritan abominando de los ricos y hacen votos por la destrucción del imperio. Hacia el año 250, otro africano, Comodiano, deja estallar su júbilo al anuncio de un formidable asalto que los godos y los persas iban á dar á las provincias romanas. «¡Desaparezca, en fin, exclama, desaparezca este imperio de iniquidad!» Cree á Roma ya caída y ve llorando en la eternidad á la que eterna se creía.

No está condenada Roma sola; también el mundo va á perecer. Por el pueblo circulaban los irritados oráculos de la Sibila. «¡Ay de las mujeres que vean aquel día! Una densa nube envolverá todo el mundo; los celestes lumináres chocarán unos con otros y las estrellas caerán en el mar. Un río de fuego descenderá del cielo y consumirá la tierra, y los hombres rechinarán los dientes, cuando sientan inflamarse el suelo bajo sus pies. Padres, madres, hijos, todos vendrán á arder en el horno divino y se oír rugir el profundo Tártaro. En medio de sus torturas llamarán á la muerte, pero la muerte no vendrá (2).»

Tertuliano que había nacido en los últimos días de Antonino, repite estas palabras funestas: «¡Ah! ¡cuánto me reiré! ¡Qué gusto, qué dicha para mí ver á esos poderosos que se han hecho dioses, y á sus cortesanos, y á sus magistrados perseguidores, y á esos sabios filósofos ardiendo en revuelta confusión con su Júpiter Olímpico en un fuego vengador! Entonces el actor trágico dará verdaderos gritos en su propia desdicha, el muelle comediante se deshará en las llamas y el auriga del circo aparecerá en un carro de fuego infernal.»

Sombrías imágenes, gritos desesperados y amenazadores que debían poner terror y odio en el ánimo de los paganos.

Por otra parte, el politeísmo, religión oficial del Estado, no quería abdicar en manos de aquellos «mendigos de Cristo;» y como el Hércules ceñido de la túnica fatal, Roma no podrá arrancársela sin desgarrar sus carnes. Así, la desconfianza y el odio dividirán á los ciudadanos; á una cruel persecución sucederá una semi-tolerancia; la sangre correrá á raudales y el glorioso espíritu que modeló las civilizaciones griega y latina se velará para siglos. Entonces aquel imperio que había sido para tantos hombres una bendición, debilitado por la guerra religiosa en el momento en que todo el mundo bárbaro se agita para invasiones formidables, será ensangrentado hasta el fondo de sus provincias por la guerra extranjera, y los pueblos que tanto tiempo habían vivido tranquilos á la sombra de su parra y de su higuera, verán en medio de sus campos las hogueras del enemigo.

Se acabó para siempre la *pas romana* y para muchos siglos la ciencia y el arte; pero se iba á dar al mundo una grande esperanza.

(1) I Corinth. I, 20.

(2) Boissier, *les Origines de la poésie chrétienne*, según los *Oracula sibyllina* de Alejandro, II, 194 y siguientes.

UNDECIMO PERIODO

LOS PRÍNCIPES AFRICANOS Y SIRIOS (180-235)

CAPITULO LXXXVIII

COMODO, PERTINAX, DIDIO JULIANO Y LAS GUERRAS DE SEVERO (180-211)

I. — CÓMODO (180-192)

El 31 de agosto fué un día dos veces nefasto para el imperio romano, como quiera que en él hubieron de nacer Calígula y Cómodo. Después de doscientos diez años que Roma tenía emperadores, este fué el primero que hubiera visto la luz en la púrpura, por lo cual se le llama *porfirógénito* (1); pero su reinado no será bueno para recomendar á los romanos el sistema de la sucesión hereditaria. Apenas tenía 19 años, cuando Marco Aurelio murió (2). Su padre le había dado los mejores maestros; pero una índole ingrata hizo inútiles sus afanes: á los doce años de edad no halló á su gusto el agua del baño por estar más ó menos caliente, y el imperial niño mandó arrojar al horno al pobre bañero. El poder absoluto que heredó tan joven acabó de perderlo, porque muy luego los que un antiguo llama preceptores palaciegos (*in aula institutores*) tomaron predominio sobre su débil espíritu. Sus bustos y medallas lo representan con la mirada estúpida de un hombre por cuya inteligencia no ha pasado nunca un pensamiento viril. Depravado y tímido á la vez, será cruel, cuando una palabra ó una señal basten para librarlo de los que le den miedo.

El imperio no era hereditario; pero los emperadores quisieron siempre que lo fuera, y á falta de grandes instituciones de gobierno, era inevitable. Los hijos de príncipes encontraban pues en su cuna los títulos y honores, algunos de los cuales hubieran sido, para un ciudadano, la recompensa de una larga vida de servicios públicos. A los cinco años de edad fué ya Cómodo nombrado César; á los catorce, miembro de todos los colegios sacerdotales y príncipe de Juventud, bien que no vistiera aun la toga viril; y á los diez y seis fué cónsul y hasta *imperator* con el poder tribunicio. Es decir que tenía todos los títulos imperiales, menos el de *Augusto*, signo del poder supremo, y el de pontífice máximo, que era indivisible á la sazón. Sobre esto, lo asoció Marco Aurelio á su triunfo sobre los germanos y en 178 lo llevó consigo á su expedición contra los marcomanos.

En fin, corrió el rumor de haber ayudado al Sabio «á devolver á la naturaleza los elementos que le había prestado.» Dion Casio acusa á los médicos de Marco Aurelio de

(1) Es decir, nacido durante el reinado de su padre. Cómodo, Pertinax y Juliano no eran africanos ni sirios; mas el primero no merece figurar entre los Antoninos. En cuanto á los otros dos, que tan poco reinaron, su historia se enlaza con la del primer africano.

(2) Marco Lucio Elio Aurelio Cómodo Antonino nació el 31 de agosto de 161 y sucedió á M. Aurelio el 17 de marzo de 180. Sobre su reinado, tenemos el compendio informe de Dion por Jifilino (lib. LXXII), el primer libro de Herodiano, que es obra de un retórico, y la confusa biografía de Lampridio.

haberlo envenenado á instigación de Cómodo; pero Dion era contemporáneo y los contemporáneos dan oídos á todas las calumnias. Dos inviernos pasados bajo un cielo inclemente eran peligrosos para aquel hombre del Mediodía, á quien una pobre constitución hacía á los cincuenta y nueve años un anciano agotado de fuerzas y de vida. Añádanse á esto los cuidados de una guerra difícil y además la peste, y no hay necesidad de poner á cargo de Cómodo un parricidio, ya que su cuenta es larga y grave.

Mencionamos sólo para memoria que dedicó un templo á su padre, con sacerdotes, flamines antoninos y todo lo que la antigüedad había establecido para las *consagraciones*. Después no le pareció el nuevo dios bastante ilustre y quiso que se le llamara hijo de Júpiter y no de Marco Aurelio.

Cómodo subió al poder sin oposición. Se le aconsejaba que aprovechara el cansancio de los bárbaros para acabarlos de abrumar; pero los jóvenes nobles aburridos de aquellos combates sin gloria en el pantanoso suelo de Panonia y de aquella vida sin placeres en duros campamentos bajo cabañas de barro ó de cañas, le recordaban sin cesar las suntuosas *villas* de Tibur, las fiestas del anfiteatro y las seducciones de la vía *Sacra*, y con esto se dió buena prisa en volver á Roma á gozar de sus palacios, de sus tesoros, de su poder soberano. Esperó, sin embargo, que los viejos generales de su padre renovaran el tratado de Marco Aurelio había impuesto ya una vez á los bárbaros.

Y en efecto, los marcomanos y los cuades prometían no acercarse al Danubio en cuarenta estadios de sus bordes, y entregar armas, auxiliares, cautivos, tráfugas y cierta cantidad de trigo, de que los eximió más tarde Cómodo. Se les prohibió atacar á los yaciges, á los burios y á los vándalos. Tenían estos pueblos sus mercados, que frecuentaban los negociantes romanos, pero que eran también ocasión de asambleas en que se concertaban proyectos hostiles al imperio, y se les prohibió también tener los mercados más de una vez mensual; se determinó el sitio en que los habían de tener; se les sometió á la vigilancia de los centuriones y con fortines construídos á lo largo del río se impidió el contrabando. Un tratado análogo se concluyó con los burios.

El imperio pudo creer entonces que su dominación é influencia indiscutible reinaba en las dos vertientes del valle del Danubio, desde el mar Negro hasta la Bohemia, y que los Cárpatos hasta los montes de la Moravia le servirían de infranqueable barrera.

Pero Cómodo había renunciado al antiguo derecho de hacer levas anuales en aquellas tribus batalladoras, es decir á tomar sus mejores guerreros. Además hubo de devolverles todas las fortalezas que se les habían tomado, cuando

desde lo alto de sus muros hubieran tenido á raya las legiones á los bárbaros y garantido la seguridad de los colonos, que al amparo de las armas romanas habrían hecho de aquel país una nueva Dacia. Pero Cómodo no era Trajano.

Fué esta la última vez que se presentó á la cabeza de sus tropas. Por fortuna, no estaban perdidas todavía las gran-

des tradiciones de guerra, y aun quedaban en Roma generales como Marcelo, Niger, Pertinax, Albino y Septimio Severo, que estuvieron en guardia contra los bárbaros.

Entró Cómodo en Roma el 22 de octubre de 180, rodeado de toda la pompa triunfal por victorias que no había ganado él, y en vez de poner en su carro la imagen de



Septimio Severo (1).

Marco Aurelio, el vencedor verdadero, llevó á su lado, sin respeto ni pudor, á un hermoso esclavo que era su mancebo. Era pues el vicio que volvía á entrar en el palacio imperial, donde con Marco Aurelio había reinado la virtud.

Dejando el cuidado de los negocios á Perennis, prefecto de los guardias, no pensó ya Cómodo más que en sus placeres, y por el contagio del ejemplo, buena parte de la sociedad romana hizo lo mismo que Cómodo. Los últimos

emperadores habían impuesto á la corte costumbres severas, y la corte, como para indemnizarse de tan prolongada represión, se lanzó sin freno al desorden, como nuestros jóvenes señores, después de la falsa austeridad de los últimos años de Luis XIV. Un príncipe en la edad de las pasiones ardientes propagaba en medio de su corte los vicios

(1) Estatua de la colección del príncipe Torlonia.

que había en él: antes era moda filosofar; ahora parecía del mejor tono darse á todas las locuras.

Se supone que las dos emperatrices dieron el ejemplo; la una, Crispina, esposa de Cómodo, será relegada á la isla de Capri bajo la inculpación de adulterio y después condenada á muerte; la otra, Lucila, hija de Marco Aurelio, y hermana por consiguiente de Cómodo, había conservado á título de su primer matrimonio con el emperador Vero los honores imperiales. En el teatro se sentaba en una silla

jore la legislación; nada, en fin, que revele interés por la cosa pública. Ni siquiera acabó Cómodo las construcciones comenzadas por su padre.

Sin embargo, el imperio se mantiene en pie por su propio peso, *mole sua stat*. Los comerciantes trafican, los marinos navegan, los operarios trabajan y los gobernadores velan en sus provincias, como si un príncipe sabio rigiera los destinos del imperio. Todavía concede el fisco subvenciones para levantar á Nicomedia arruinada por un terremoto, para construir un gimnasio en Antioquía, varios monumentos en Alejandría y constituir en Cartago una flota africana, *classis Africana*, á fin de suplir con los trigos de Africa la insuficiencia de las cosechas que la flota de Egipto debía traer á Ostia. En fin los soldados continúan prestando sus brazos para las obras públicas. Los de Dalmacia levantan un puente hundido en el Cetina, y á lo largo del Danubio construyen puestos fortificados para tener á raya á los merodeadores germanos. Si estos datos fueran más numerosos, se comprobaría en todas partes la misma labor, el movimiento mismo. Lo que Fenelón decía de la monarquía de Luis XIV «de que la vieja máquina funcionaba aun por el empuje que se le había dado,» podrá decirse del imperio durante mucho tiempo.

Pero también se echan de ver síntomas alarmantes. Bajo la mano flaca y violenta que tiene las riendas del imperio se relaja en todos los órdenes la disciplina romana. En medio de la ciudad estallan los tumultos; el reinado de la soldadesca se anuncia con sediciones; la guerra religiosa, con desórdenes nacidos al pie de los altares, y la anarquía que luego vendrá en son de amago y en ansia de disolver el imperio, se revela en los mismos insolentes triunfos de un bandolero audaz que entra á saco impunemente muchas provincias. Finalmente el espíritu militar se debilita; los senadores abandonan los empleos en que es preciso tomar la espada y uno de ellos obtiene de Cómodo exención del servicio militar.

En las fronteras no se empeña seriamente una guerra durante estos doce años. Una guarnición romana establecida á pie fijo en el Kur, al abrigo de una fortaleza que Vespasiano había construido en aquellos remotos países, mantenía en respeto á los pueblos del Cáucaso y cubría contra ellos la Armenia. Niger y Albino, que ambos debían probar el poder y por él morir, parece que tuvieron que defender la Dacia contra los sármatas y la Galia contra los frisones. En Bretaña, habiendo pasado los caledonios la lí-



Crispina Augusta, mujer de Cómodo (3)



La emperatriz Crispina (1)

real, y en las calles se llevaba delante de ella el fuego sagrado (2). Su padre la había obligado á casarse con el viejo y respetable Pompeyano, á quien engañaba, según fama; y un contemporáneo la acusa de haber puesto en el número de sus amantes hasta á su mismo yerno.

Pero Lucila es acaso otra víctima de aquella maledicencia romana, que no respetaba á nadie, según testimonio de Tertuliano. Lucila frisaría á la sazón en los cuarenta años, edad que para las mujeres del Mediodía no es la de los atractivos ni la de los insanos amorios.

Los autores que nos han legado la historia de este principado, la llenan de monótonos relatos de ejecuciones sangrientas. En este reinado de doce años no se encuentran ni una buena medida de gobierno, ni un rescripto que me-

(1) Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 44.
(2) Amiano Marcelino y Quinto Curcio dicen que los reyes de Persia creían poseer un fuego caído del cielo, que conservaban con mucho cuidado y hacían llevar delante de sí en altarillos de plata, de que se cuidaban los magos. Este uso debía de ser muy antiguo porque ya Herodoto hablaba de él. Los emperadores romanos tomarían esta costumbre oriental, como tantas otras, y este fuego vino á ser símbolo de su majestad. Se ve por la cita de Dion Casio que este uso estaba ya establecido en Roma á fines del siglo segundo.



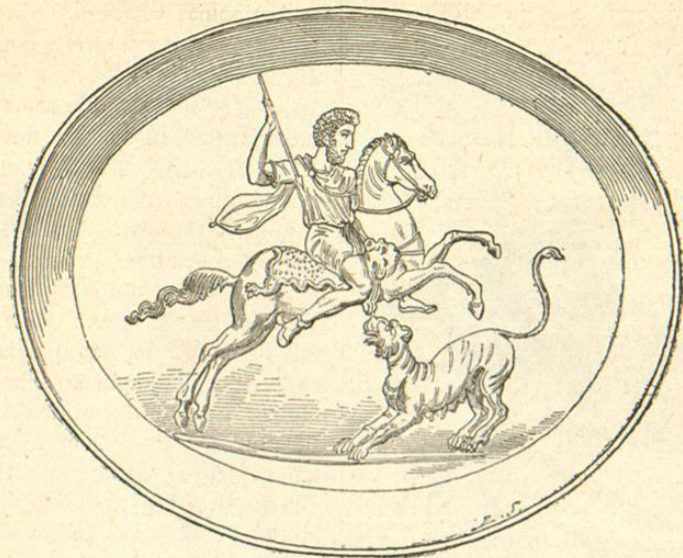
La emperatriz Lucila, hija de Marco Aurelio y mujer de Lucio Vero

(3) Medallón de bronce.

nea de defensas romanas, Marcelo, soldado de los buenos tiempos, los rechazó á sus montañas; y algunos otros movimientos en la Mauritania fueron también rápidamente reprimidos.

Cómodo no oyó siquiera el eco de aquellos lejanos ruidos de armas. Dejar el cuidado de los negocios públicos á cargo de su prefecto del pretorio, á reserva de enviarle una orden de muerte á la primera sospecha de deslealtad; retener como en rehenes á los hijos de los gobernadores, á fin de no tener cuidado por las provincias, y garantizar su seguridad en Roma concediendo á los pretorianos una libertad licenciosa; á esto sólo redujo Cómodo la ciencia del gobierno.

En cuanto á las rentas públicas, había vuelto al sistema de fabricar moneda por medio de condenaciones, como quiera que una sentencia capital arrastraba siempre la con-



Cómodo á caballo y en actitud de disparar un dardo contra una tigre que le embiste (1)

ría á mansalva, como quiera que todo estaba dispuesto para que no pudiera llegar á su sagrada persona la espada de los infelices destinados á ser víctimas, ni menos las presas ni las garras de las fieras, por lo regular enjauladas. Sin cesar rodeado de hábiles arqueros mauritanos y partos, sobresalía en el manejo del arco, y un día puso cien flechas en otros tantos osos.

A cada una de estas victorias tan fáciles como vergonzosas, prorrumpía el senado en frenéticos vítores y aclamaciones: «¡Tú, tú eres nuestro amo, y el primero y más feliz de los hombres! ¡Tú el vencedor ahora y siempre! ¡Salud, Amazonio invicto!»

Pero sabido es á qué triste condición estaban reducidos, bajo el poder de tales príncipes, los herederos de los señores del mundo, con sus continuos terrores y sus deshonrosas adulaciones. Uno solo, solo uno, Pompeyano, el yerno y amigo de Marco Aurelio, fué osado á protestar contra aquella ignominia de majestad, rehusando asistir al anfiteatro y aun al senado. Dion afirma no haberlo visto allí jamás, sino en tiempo de Pertinax. Este caballero de Antioquía era el Catón de la época: la vieja Roma solía poner aun su sello en algunos de sus nuevos hijos.

Pero ¡cuán fácil no era que un joven príncipe, casquivano ya de suyo, acabara de desvanecerse en medio de la humareda del incienso, incienso de universal adulación! No, no era solo el senado en aclamar al príncipe gladiador agotando el vocabulario de la servil lisonja; el pueblo también y los soldados hacen lo mismo que él, y Cómodo

fiscación de bienes del condenado, en virtud de las viejas leyes romanas; ó como en 188, anunciando su próxima partida para un viaje muy largo y con este pretexto sacar á manos llenas del erario. Tomadas estas precauciones, se abandonaba con mucho sosiego á su pasión por las carreras del circo, la caza y las luchas del anfiteatro.

Cada uno de los tiranos de Roma tuvo su locura particular ó su vicio dominante: Calígula se creía un dios, Nerón un incomparable músico. En la infame cuadrilla, Vitelio fué el Sileno; Cómodo será el gladiador.

En efecto, setecientos treinta y cinco veces combatió en la deshonrosa arena del anfiteatro; combates por otra parte ruinosos para el tesoro público, que daba cada vez para este indecoro y deshonor de la majestad imperial 250.000 dracmas; combates cobardes y más y más infames por no ofrecer peligro ninguno para el imperial gladiador, que he-

puede oír las aclamaciones de las provincias respondiendo á las de Roma. Los jóvenes de Nepete se ponen á contribución para consagrar un monumento «á Cómodo el Victorioso.» Una moneda de Efeso le da, como en otro tiempo á Adriano, el sobrenombre de *Olimpio*, y una inscripción lo llama «el más noble y feliz de los príncipes.» En otra se hace la ofrenda «al Hércules romano.»

Con esto *el dios* no respeta nada sobre la tierra: quita á los meses del año los nombres consagrados para darle los suyos; hasta cambia los de Roma y Jerusalén, que vienen á ser colonias *Comodianas*. Su reinado es la edad de oro; á lo menos así se datan sus letras imperiales *ex saculo aureo*, y el día de su natalicio debe ser festejado por todo el imperio. Pero la fiesta es para él solo, porque este día, dice Dion, nosotros los senadores, nuestras mujeres y nuestros hijos hemos de darle cada uno dos áureos, y los decuriones de todas las ciudades del imperio cinco denarios.

Su más alta ambición era parecerse al hijo de Alcmena, que para él, no era más que el dios de la fuerza bruta. Por las calles se llevaba delante de él la maza y la piel de león del vencedor de la hidra, atributos que en el anfiteatro se ponían en un espléndido estrado, y á veces se servía de ellos el emperador.

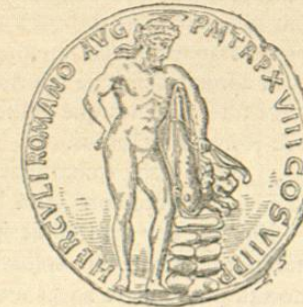
Refiere Dion que habiendo reunido buen número de estropeados y enfermos, tomados al azar en Roma, los hizo

(1) Piedra grabada en hueco, de 45 milímetros de altura por 55 de latitud (Gabinete de Francia, n.º 2096).

disfrazar de monstruos de la fábula con grandes colas de serpiente y los proveyó de esponjas en lugar de piedras para defenderse contra él, cuando los acometiera con su maza. Imaginábase renovar así las hazañas de Hércules: hasta corrió el alarmante rumor de que los espectadores le parecían muy adecuados para hacer el oficio de las aves de Estinfalo, y que tenía el propósito de divertirse lanzando sus flechas á la multitud que asistía al anfiteatro. Para que



Cómodo Olímpico (moneda de bronce de Efeso)



El Hércules romano (reverso de un medallón de bronce, de Cómodo)

esta amenaza estuviera siempre á la vista de los senadores, hizo poner delante de la curia una estatua que representaba á Hércules con el arco en la mano.

Un día encontró un hombre muy corpulento y le abrió el vientre para ver caer sus intestinos. «Nunca, dice el historiador, que fué testigo de lo que refiere, nunca se presentó en público sin mancharse de sangre.» Y Lampridio añade: «Como acabara de herir mortalmente á un gladiador, hundió la mano en la profunda herida y luego se la enjugó en los cabellos.» Era un carnicero.

Estamos pues otra vez más en presencia de un loco, cuya embriaguez de juventud y poder le dió la embriaguez de la sangre. Nerón valía más que Cómodo, porque en aquel grotesco artista había siquiera la chispa del arte, y sus fiestas babilónicas, aun dentro de la infamia, llegaban á cierta grandeza. Cómodo no tenía más que bajos instintos, ni buscaba más que vulgares y repugnantes placeres. Por eso, no hay que extrañar la leyenda que le daba por padre un héroe de anfiteatro.

El populacho es poco difícil sobre la elección de sus favoritos: cuando vota, se decide por las declamaciones violentas; cuando sólo tiene el derecho de aplaudir, aplaude sólo la destreza física, la fuerza bruta. Así pues las hazañas callejeras de su brutal emperador que escandalizaban á los hombres de juicio y sana razón, eran precisamente las que enamoraban á la gentualla de Roma. Amaba á aquel príncipe que á manos llenas le arrojaba el oro; que no abandonaba el anfiteatro en cuya arena triunfaba, más sanguinario y bárbaro que todos los gladiadores; que le daba otro espectáculo de su gusto, el terror de los magnates, y como intermedio algún que otro cadáver para arrastrar por las calles.

Pero la nobleza se indignaba, tenía vergüenza ya de temblar ante un príncipe que le parecía singularmente pequeño en comparación de los grandes emperadores de la edad precedente. No había ya en el senado, como en el siglo primero, rencores de republicanos ó de ambiciosos patricios: ahora se sabía cuán necesarios eran al imperio los buenos príncipes, cuánta falta hacían la vigilancia, la habilidad, la firme resolución para mantener la grandeza del Estado, la seguridad de cada uno y la verdadera libertad de todos.

Estos sentimientos se mostrarán, cuando para reemplazar al último de los Antoninos, todos se pongan de acuer-

do en la curia á fin de poner la púrpura de los Césares sobre los hombros del hijo de una liberta. A los tres años de este reinado, se formó ya una conspiración en el mismo palacio; conspiración cuya alma era Lucila. Sin duda Cómodo tenía apartada á esta mujer ambiciosa, que miraba con malos ojos á la emperatriz por haberle quitado el primer lugar. Esperaba adquirir mejor parte en el poder bajando para que reemplazara á su hermano su propio yerno, ó á no ser éste, Cuadrato, joven y rico senador que se había asociado á su proyecto. Para asegurar su ejecución, encargó de dar el golpe á su yerno, que como palaciego y familiar del príncipe estaba tan cerca de su persona.

Y sucedió que pasando el emperador por un corredor sombrío que conducía al anfiteatro, se lanzó sobre él, puñal en mano, el asesino, exclamando al mismo tiempo: «He aquí lo que te envía el senado.» Pero fué sorprendido y desarmado antes de herirlo (183).

Sus imprudentes palabras fueron una revelación, y esta una sentencia de muerte para muchos senadores. Desde aquel día, los antiguos amigos de Marco Aurelio no parecieron ya á su hijo censores silenciosos, sino enemigos mortales cuyos golpes era preciso prevenir. Con esto reaparecieron los aciagos días de los delatores y empezaron otra vez los asesinatos para no cesar ya en mucho tiempo. Lucila, su yerno, el padre de éste, Cuadrato y muchos otros personajes perecieron sin demora. Uno de los prefectos del pretorio, Tarrutenio Paterno, sabio legista que tuvo el honor de figurar entre los jurisconsultos de las Pandectas, no pudo ser convencido de complicidad en la conjura. Pero Perennis, su colega, quería quedarse como jefe único de los guardias; hizo que se le nombrara senador, para que dejara la prefectura del pretorio, y luego lo acusó de traición: Paterno fué condenado con el nieto del gran jurisconsulto de Adriano.

Este Salvio Juliano estaba, al advenimiento de Cómodo, á la cabeza de un poderoso ejército y en grande estimación con las tropas; pudo disputarle el imperio al hijo de Marco Aurelio, y acaso lo hubiera hecho con buen éxito; pero no quiso rebelarse; era, sin embargo, bastante para ser culpable, puesto que pasaba por peligroso.

La lista de las víctimas inmoladas por el tirano es larga: Dion asegura que de todos los que en tiempo de Marco Aurelio, tenían algún prestigio en el Estado, sólo tres pudieron librarse de la muerte. Como Calígula, Cómodo solía derribar cabezas para apropiarse sus bienes, y ya en este



Sacerdote cubierto conduciendo dos bueyes



La edad de oro, bajo el imperio de Cómodo (1)

camino, sin respetar el sexo, hubo de condenar á muchas damas principales sin más delito que sus riquezas.

La suerte de los Quintilios impresionó la imaginación de los contemporáneos, con estar tan habituados á las es-

(1) KOMOΔOV BACIAEYONTOC O KOCMOC EBTYXEI NIKAIEQN (Bajo el imperio de Cómodo todo el mundo es feliz). Leyenda rodeada de una corona. (Reverso de una moneda de bronce, de Nicea.)